



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 7 de junio de 2000

La gloria de la Trinidad en el hombre vivo

1. En este Año jubilar nuestra catequesis trata de buen grado sobre el tema de la glorificación de la Trinidad. Después de haber contemplado la gloria de las tres divinas personas en la creación, en la historia, en el misterio de Cristo, nuestra mirada se dirige ahora al hombre, para descubrir en él los rayos luminosos de la acción de Dios.

"Él tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre" (*Jb 12, 10*). Esta sugestiva declaración de Job revela el vínculo radical que une a los seres humanos con "el Señor que ama la vida" (*Sb 11, 26*). La criatura racional lleva inscrita en su ser una íntima relación con el Creador, un vínculo profundo, constituido ante todo por el don de la vida. Don que es concedido por la Trinidad misma e implica dos dimensiones principales, como trataremos ahora de ilustrar a la luz de la palabra de Dios.

2. La primera dimensión fundamental de la vida que se nos concede es la *física e histórica*, el "alma" (*nefesh*) y el "espíritu" (*ruah*), a los que se refería Job. El Padre entra en escena como fuente de este don en los mismos inicios de la creación, cuando proclama solemnemente: "Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza (...). Creó Dios al ser humano a imagen suya; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó" (*Gn 1, 26-27*). Con el [Catecismo de la Iglesia católica](#) podemos sacar esta consecuencia: "La imagen divina está presente en todo hombre. Resplandece en la comunión de las personas, a semejanza de la unión de las personas divinas entre sí" (n. 1702). En la misma comunión de amor y en la capacidad generadora de las parejas humanas brilla un reflejo del Creador. El hombre y la mujer en el matrimonio prosiguen la obra creadora de Dios, participan en su paternidad suprema, en el misterio que san Pablo nos

invita a contemplar cuando exclama: "Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por todos y está presente en todos" (*Ef* 4, 6).

La presencia eficaz de Dios, al que el cristiano invoca como *Padre*, se manifiesta ya en los inicios de la vida de todo hombre, y se extiende luego sobre todos sus días. Lo atestigua una estrofa muy hermosa del Salmo 139: "Tú has creado mis entrañas; me has tejido en el seno materno. (...) Conocías hasta el fondo de mi alma, no desconocías mis huesos. Cuando, en lo oculto, me iba formando y entretejiendo en lo profundo de la tierra. Mi embrión (*golmi*) tus ojos lo veían; en tu libro estaban inscritos todos mis días, antes que llegase el primero" (*Sal* 139, 13. 15-16).

3. En el momento en que llegamos a la existencia, además del Padre, también está presente el Hijo, que asumió nuestra misma carne (cf. *Jn* 1, 14) hasta el punto de que pudo ser tocado por nuestras manos, ser escuchado con nuestros oídos, ser visto y contemplado por nuestros ojos (cf. *1 Jn* 1, 1). En efecto, san Pablo nos recuerda que "no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos nosotros; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual existimos nosotros" (*1 Co* 8, 6). Asimismo, toda criatura viva está encomendada también al soplo del *Espíritu* de Dios, como canta el Salmista: "Envías tu Espíritu y los creas" (*Sal* 104, 30). A la luz del Nuevo Testamento es posible leer en estas palabras un anuncio de la tercera Persona de la santísima Trinidad. Así pues, en el origen de nuestra vida se halla una intervención trinitaria de amor y bendición.

4. Como he insinuado, existe otra dimensión en la vida que Dios da a la criatura humana. La podemos expresar mediante tres categorías teológicas neotestamentarias. Ante todo, tenemos la *zoê aiônios*, es decir, la "vida eterna", celebrada por san Juan (cf. *Jn* 3, 15-16; 17, 2-3) y que se debe entender como participación en la "vida divina". Luego, está la paulina *kainé ktisis*, la "nueva criatura" (cf. *2 Co* 5, 17; *Ga* 6, 15), producida por el Espíritu, que irrumpe en la criatura humana transfigurándola y comunicándole una "vida nueva" (cf. *Rm* 6, 4; *Col* 3, 9-10; *Ef* 4, 22-24). Es la vida pascual: "Del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo" (*1 Co* 15, 22). Y tenemos, por último, la vida de los hijos de Dios, la *hyiothesía* (cf. *Rm* 8, 15; *Ga* 4, 5), que expresa nuestra comunión de amor con el Padre, siguiendo a Cristo, con la fuerza del Espíritu Santo: "La prueba de que sois hijos es que *Dios* ha enviado a nuestros corazones el *Espíritu* de su *Hijo* que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero" (*Ga* 4, 6-7).

5. Esta vida trascendente, infundida en nosotros por gracia, nos abre al futuro, más allá del límite de nuestra caducidad propia de criaturas. Es lo que san Pablo afirma en la carta a los Romanos, recordando una vez más que la Trinidad es fuente de esta vida pascual: "Si el *Espíritu* de Aquel que resucitó a *Jesús* de entre los muertos (es decir, el *Padre*) habita en vosotros, Aquel que resucitó a *Cristo* de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su *Espíritu* que habita en vosotros" (*Rm* 8, 11).

"Por tanto, la vida eterna es la vida misma de Dios y a la vez la vida de los hijos de Dios. Un nuevo estupor y una gratitud sin límites se apoderan necesariamente del creyente ante esta inesperada e inefable verdad que nos viene de Dios en Cristo (...) (cf. 1 Jn 3, 1-2). Así alcanza su culmen la verdad cristiana sobre la vida. Su dignidad no sólo está ligada a sus orígenes, a su procedencia divina, sino también a su fin, a su destino de comunión con Dios en su conocimiento y amor. A la luz de esta verdad, san Ireneo precisa y completa su exaltación del hombre: "el hombre que vive" es "gloria de Dios", pero "la vida del hombre consiste en la visión de Dios" (cf. san Ireneo, *Adversus haereses* IV, 20, 7)" (*Evangelium vitae*, 38).

Concluamos nuestra reflexión con la oración que eleva un sabio del Antiguo Testamento al Dios vivo y amante de la vida: "Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues, si algo odiases, no lo habrías hecho. Y ¿cómo habría permanecido algo si no hubieses querido? ¿Cómo se habría conservado lo que no hubieses llamado? Mas tú con todas las cosas eres indulgente, porque son tuyas, Señor que amas la vida, pues tu espíritu incorruptible está en todas ellas" (*Sb* 11, 24 12, 1).

Saludos

Saludo con afecto a los fieles de lengua española. En especial al grupo de jóvenes de Puerto Rico, así como a los demás peregrinos de España, México y Argentina. Os animo a todos a glorificar a Dios con vuestra vida. Muchas gracias por vuestra atención.

(*En checo*)

En Pentecostés los Apóstoles recibieron el don del Espíritu de Dios, para poder dar testimonio de Cristo públicamente y con valentía. ¡Ojalá que el Espíritu Santo halle siempre en vuestro corazón una digna morada!

(*En lengua croata*)

Es un tiempo de gracia y de misión de los cristianos para continuar el anuncio de la salvación y el testimonio evangélico en el alba del tercer milenio.

* * *

Como de costumbre, mi pensamiento se dirige ahora a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*.

Dentro de algunos días celebraremos la solemnidad de Pentecostés, con la que se concluirá el tiempo de Pascua. Queridos *jóvenes*, preparad vuestro corazón a recibir al Espíritu Santo, para ser testigos intrépidos de Cristo. El Espíritu Consolador os proporcione consuelo a vosotros, queridos *enfermos*, y os haga fuertes en la prueba. Y a vosotros, queridos *recién casados*, os

infunda la luz y el valor para realizar con fidelidad vuestra misión en familia, en la Iglesia y en la sociedad.

Encomiendo estos deseos a María, que esperó en oración con los Apóstoles la venida del Espíritu Santo, y de corazón os bendigo a todos.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana